

SERMÓN DE LAS SIETE PALABRAS
HERMANDAD DE LA PASIÓN
(Catedral de Pamplona, 3 de abril de 2026)

QUINTA PALABRA
«Tengo sed» (Jn 19,28)

Después de tantas palabras llenas de profundidad, esta quinta palabra parece, a primera vista, la más sencilla. «Tengo sed». Una frase breve. Directa. Humana. Y, sin embargo, es una de las más reveladoras. Porque aquí, en la cruz, Jesús nos muestra algo que nunca debemos olvidar: Dios se ha hecho verdaderamente hombre.

No es una apariencia. Tiene sed.

Su cuerpo está agotado. Desangrado. Sin fuerzas. La sed le quema por dentro. Es la experiencia límite de quien ha entregado todo. Y esta sed es real.

Jesús no se ahorra el sufrimiento. No se protege. No se distancia. Vive hasta el fondo la condición humana.

Y esto es profundamente importante. Porque significa que Dios no nos salva desde fuera... nos salva desde dentro. Ha experimentado el cansancio. La debilidad. El dolor. La necesidad.

Por eso, cuando nosotros sufrimos, no hablamos con un Dios lejano. Hablamos con alguien que sabe. Pero esta palabra no se queda solo en lo físico.

Como tantas veces en el Evangelio de Juan, hay un nivel más profundo. Jesús tiene sed... pero no solo de agua. Tiene sed de algo más.

Si recordamos otro momento del Evangelio, junto al pozo de Jacob, Jesús le dice a la samaritana: «dame de beber». Y luego le habla de un agua viva, de una sed que solo Dios puede saciar.

Ahora, en la cruz, esa escena se ilumina de nuevo.

El que ofrecía agua viva... ahora tiene sed.

¿Qué significa esto?

Significa que Jesús tiene sed de nosotros. Sed de nuestro amor. Sed de nuestro corazón. Sed de que le acogamos. Es una sed misteriosa. No es la sed de quien necesita algo porque le falta. Es la sed de quien ama... y espera ser amado.

Dios, que no necesita nada, se presenta como necesitado. Dios, que lo tiene todo, mendiga nuestro amor. Dios, que es plenitud, se expone a nuestra respuesta.

Y esto cambia completamente nuestra manera de entender la fe. Porque a veces pensamos que la vida cristiana consiste solo en lo que nosotros necesitamos de Dios. Y es verdad. Le necesitamos. Pero la cruz nos revela algo más: Dios también

nos necesita. No en el sentido de carencia... sino en el sentido del amor. Porque el amor siempre espera respuesta.

Y Jesús, en la cruz, está esperando. Esperando que alguien le dé de beber. Esperando que alguien responda. Esperando que alguien le mire con fe.

Pero lo que recibe es vinagre. Un gesto que simboliza tantas cosas. El rechazo. La indiferencia. La incomprensión. Cuántas veces, Señor, nosotros también te ofrecemos vinagre: cuando vivimos de espaldas a Jesús; cuando buscamos sucedáneos para llenar el corazón; cuando intentamos saciar nuestra sed con cosas que no llenan.

Porque todos tenemos sed. Sed de sentido. Sed de amor. Sed de plenitud.

Y muchas veces intentamos apagar esa sed con lo inmediato, con lo superficial, con lo que pasa. Pero nada de eso basta. Porque nuestra sed es más profunda. Es una sed de infinito. Y solo Dios puede saciarla.

Por eso esta palabra tiene un doble movimiento. Jesús tiene sed de nosotros... y nosotros tenemos sed de él.

El problema es que muchas veces no reconocemos nuestra sed. Vivimos distraídos. Ocupados. Llenos de cosas... pero vacíos por dentro. Y entonces la vida se vuelve superficial. Fragmentada. Sin profundidad.

Por eso, hoy, al escuchar esta palabra, quizá la invitación es muy sencilla: reconocer nuestra sed. No taparla. No disimularla. No llenarla con cualquier cosa. Sino llevarla a Dios.

Decirle con verdad: Señor, tengo sed. Sed de sentido. Sed de paz. Sed de algo más. Porque solo quien reconoce su sed puede recibir el agua.

Y al mismo tiempo, esta palabra nos invita a responder a la sed de Jesús. ¿Cómo? Con gestos concretos. Con nuestra oración. Con nuestra fe. Con nuestra vida. Pero también —y esto es muy importante— en los demás. Porque Jesús sigue teniendo sed. Tiene sed en el que sufre. En el que está solo. En el que necesita una palabra, una ayuda, una presencia. Cada vez que respondemos al otro, respondemos a él. Cada vez que ignoramos al otro, también le ignoramos a él.

Hoy, al pie de la cruz, podemos hacer una oración muy sencilla:

Señor Jesús, que tienes sed de nuestro amor,
despierta en nosotros el deseo de ti.

No permitas que busquemos en lo pasajero lo que solo tú puedes dar,
y haznos capaces de saciar la sed de nuestros hermanos
ofreciéndoles nuestro amor.

Amén.